

# Teatro María Guerrero: "Don Juan Tenorio", de Zorrilla, con vestuario y decorados de Dalí

**L**OS elementos plásticos del superrealismo—como los poéticos—no deben permanecer ajenos, después de las conquistas de esta creación artística, a todo lo que hoy nos rodea. De que esta anexión a lo ya hecho o a la creatividad, ya en marcha, sea eficaz, depende del carácter maravilloso que lo haga bueno. He aquí, pues, el problema. ¿Es lícito acercarse a lo clásico, para profundizar en sus valores y destacar efectos pasajeros en su origen, o por el contrario conviene dejar lo que consagró el tiempo para ir por caminos personales hacia la novedad con carácter menos tradicional? A nuestro juicio no hay inconveniente en lo primero. Lo que importa es el logro de esta experiencia. Estamos seguros de que lo que ha señalado más expectación, ante el hecho de que un pintor superrealista se acerque a una obra, llamémosla, en sentido general, clásica, no es el "atrevimiento" de buscar la polaridad en lo intangible de su clasicismo, sino en que se ha venido a dar, precisamente, en el "Don Juan" de Zorrilla. Este, y no el de Tirso, no el de Molière, no el de Birón, es el que determina el "suceso", y no su tiempo, y su seguridad olímpica.

El "Don Juan" de Zorrilla se respeta, pues, no por su clasicismo—o por su romanticismo—sino por su casticismo. Es, para todos, una de las pocas cosas serias que existen en España. Su disparate genial absorbe con su gracia; gracia que cubre todo lo que en él hay de malo, y su desesperado desarrollo, lo que al español lleva prendido de sus alas de misterio, de ventura y de salvación. Con ser nuestro Lope el primer dramaturgo poeta de todos los tiempos españoles, no habría, ante el deseo de acercarse a él con proposiciones más o menos extravagantes, la defensa acerada—y en cierto modo gloriosa—de nues-

tro pueblo ante su "Don Juan".

Siendo así, está perfectamente justificada esta polaridad Zorrilla-Dalí, que era desde el punto de vista del espectáculo lo más acertado para la expectación, para la pasión, el aplauso y el escándalo.

\* \* \*

¿Se ha acercado Salvador Dalí con ofensiva actitud hacia el "Don Juan"? Dalí, extraordinario pintor, no ha rebasado los límites de su pintura más elemental. Los elementos plásticos que aquí juegan son los ya conocidos en dibujos y óleos: mariposas, parcas, agujas, flechas, tortugas, peces, sobre los que ha puesto la suprarrealización de una escenografía discreta, y en la que ha pretendido resaltar los temas del "Tenorio": la muerte, el amor, la pureza, la aventura, el misterio... Sobre todos destaca "la bella desconocida, que es la muerte para Don Juan", según verso de Jean Cocteau, en su poema "El sepulcro de Don Juan", y en el que hay otro verso que traemos a cuento por su rara coincidencia con el decorado que rodea al cuadro del cementerio. Nos referimos a los palcos engalanados, que después, por un juego de luz se convierten en calaveras. Pues bien, el otro verso del poema aludido de Cocteau dice: "En España, palcos de ópera..." Vemos en los versos mencionados la síntesis de esta expresión plástica.

Dalí es más personal en su cuadro de Sevilla, que resuelve en decorados sintéticos de muros de cerezas y mariposas y casa sencilla, con sus esquinas bien delineadas. Bello cuadro—aisladamente—, pero al que no se ha llegado aún a apurar esa expresión sevillana del "Tenorio" que está todavía por conseguir.

A nuestro juicio el cuadro

menos logrado es el del claustro. Hay que tener presente la belleza, la transparencia, la casi incorporeidad de esos muros que rodean la maravillosa figura de Doña Inés—el personaje predilecto de Zorrilla—, y que aquí, y en casi todos los "Tenorios" que hemos visto, no contribuye a la emoción. No está Doña Inés—gacela, lirio, lágrima—situada en su marco.

Con respecto a los demás elementos que Dalí ha introducido en esta experiencia escénica, hay de todo. Hay símbolos que no llegan a tener la profundidad deseada; otros, que juegan con donaire y poesía al compás de los inmortales versos. Máscaras, nazarenos, animales de pesadilla, velas y sombras alternan con desigualdad de éxito. Asimismo los figurines de los personajes esenciales tienen esta misma crítica. Bellísimo el traje de Don Juan, así también la idea del de Doña Inés—azucena y monja—. En general, en cuanto al vestuario, predomina el buen gusto. En cuanto a las célebres Parcas, ya tan literarias—"hilanderas" unas veces, otras jóvenes, otras regidoras de suertes, en Valery—cumplen su misión con esbelto ritmo, más eficaces en figurines que en realidad escénica.

¿Defecto fundamental de este "Tenorio"? Tener un marco excesivamente movido, que distrae demasiado la atención del espectador hacia el cuadro—la palabra, la acción—en sí. Son hojas movidas por una brisa un poco diabólica las que ponen un ritmo fuera de la serenidad impaciente de este Don Juan, tan serio, tan clásico, tan castizo, tan lleno de íntimas sugerencias. Yo creo que cada español lleva el no del superrealismo más hondo y misterioso al contemplar a este personaje. No hace mucha falta ayudarlo en su imaginación. Más bien darle el marco de la más elegante sobriedad...

Y después de esto, ¿qué pasó? También de todo. Aplausos y protestas, mayores en el acto segundo. Mayores también los aplausos al final de la obra, y Salvador Dalí, en el escenario—gabán, bigotes, bastón y ojos—, que recibió el homenaje.

DIEZ CRESPO